

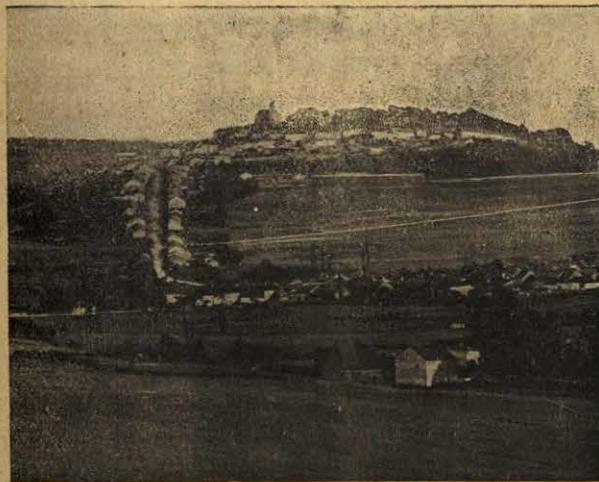
ñana, se partía [a] la Cuesta, a la « Côte-la-Biche », para no entrar sino por la noche, después de haber almorzado alegremente en la barraca llena de olores campestres.

Esta pequeña cuesta es simplemente una joya de la naturaleza. Sus pendientes están cubiertas de viñas,

IV

Paisajes encantadores. — Colinas geológicas. — Las fósiles, el diluvio y Voltaire. — Los pajaritos y las raquetas. — La bondad de los abuelos. — Tristeza de los recuerdos. — La brujería en Lorena.

Trabajaba yo constantemente, leyendo mucho, fuera de mis ocupaciones de la escuela, por el solo placer de aprender, escribiendo de cuando en cuando a mi abuelo, a mi abuela, a mis tíos y tías y a los otros viejos parientes. En agosto y septiembre se imponían las vacaciones, que se pasaban todos los años en casa de mi abuelo materno, en un publicito inmediato a Bourmont, Illoud, tendido a lo largo de un alegre riachuelo que, según la tradición, no se ha helado jamás. El valle es estrecho y parece perdido en el seno de las colinas. En el primer piso de la casa tenía una pequeña habitación que daba sobre el riachuelo y un huerto, y allí era donde me gustaba hacer mis estudios en los días de lluvia; en caso contrario, estaba siempre fuera de casa. No se podía dar un solo paso sin subir. En los días buenos no se entraba en la casa sino para dormir, el oído mecido por el murmullo del riachuelo, porque, desde por la ma-



Vista de Bourmont, tomada desde la Côte-la-Biche.

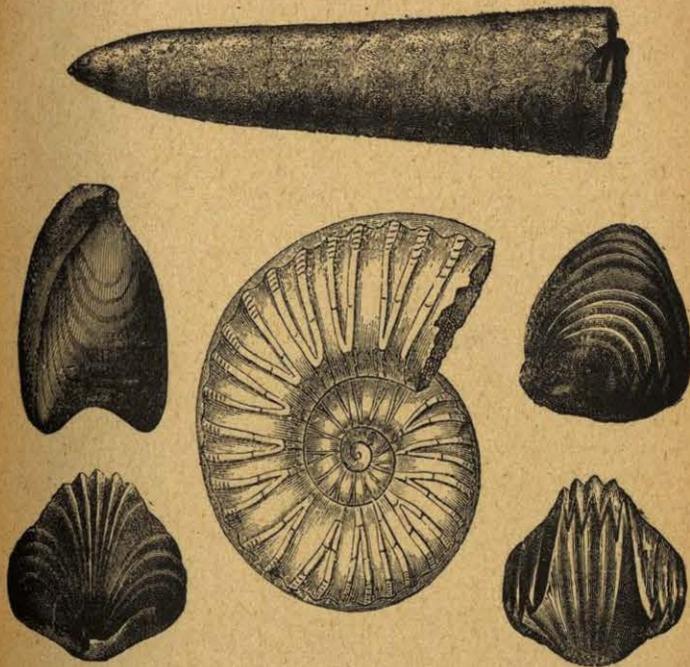
las alturas están coronadas de bosquecillos poblados de pájaros y los terrenos superiores que hay que atravesar para llegar allí están incultos, tapizados de tomillo y de sérpól ramoneados por liebrejillas, robustas y regordetas, que saltaban al vernos llegar; arriba las malezas y los bosques, por debajo las viñas, más abajo los campos, y después los prados que bordean las márgenes del riachuelo. La altura es de 470 metros. Desde arriba se extiende la vista a lo lejos sobre todo el verde valle del Mosa, hasta Glef-

mont, hasta Montigny, hasta Bourbonne, hasta los Vosgos, y, en el primer plano, a la parte allá del río, se levanta triunfal la noble silueta de la pequeña ciudad de Bourmont, que parece una ciudadela avanzada que domina la frontera de la Lorena vecina. Se tendrá una idea de este paisaje por la fotografía que reproducimos aquí: el Mosa está oculto por las casas del pueblo que se extiende al pie de la colina, o sea el pueblo de Saint-Thiébaud. La vista queda encantada por la grandeza y la elegancia del panorama, el oído por el canto de las aves, el ruido del viento y el zumbido de los insectos, y el olor por el perfume de las plantas y de la tierra. Es un paraíso, sobre todo para un niño contemplativo. Nuestra infancia deja alguna cosa de ella misma en las casas, en las cosas y en los paisajes sobre los que se han deslizado nuestros días de alegría sin sombra, de sueños infantiles y de pura inocencia, como una flor comunica su perfume a los objetos que ha tocado.

Abajo, el riachuelo, que corre siempre, el tic-tac del molino; este « molino Lomon » del mapa del Estado Mayor, construido por mi abuelo en 1823, y las sinuosidades del riachuelo a través de las floridas praderas. ¡Y los saltarines insectos, y las revoltosas mariposas, flores vivas, y los matorrales llenos de nidos!

Además, este suelo es una enseñanza. No es necesario buscar mucho para recoger variadas muestras de curiosos fósiles. Allí se encuentran en primer lugar, en cantidad notable, « quillas » de todos tamaños, desde uno o dos centímetros hasta quince o veinte de largo. Estas « quillas », negras y puntiagudas, se llaman « piedras del trueno » por los viña-

dores. Se las ha considerado también como juegos de la Naturaleza, como concreciones pedregosas, como [estalactitas, como dientes de peces, y algunas veces también se les ha dado el nombre de « garras

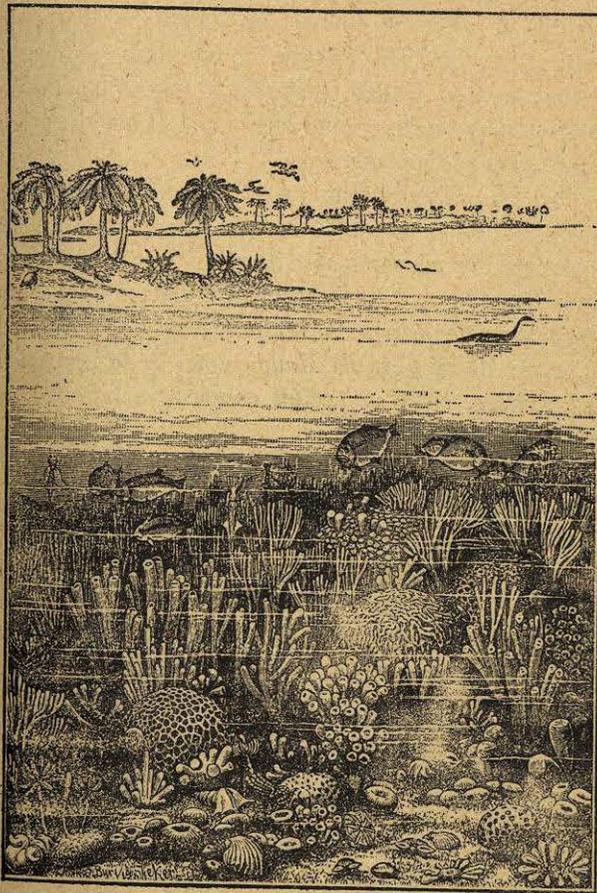


Fósiles de los alrededores de Bourmont.
(Una ammonita, una belemnita, dos terebratulas y dos rinconelas.)

del diablo ». Son tan numerosas, que no hay, por decirlo así, más que bajarse para cogerlas. Mi curiosidad nativa se interesó en todo esto apasionadamente, hasta el día en que conocí el origen. Aquellas piedras cónicas puntiagudas son todo lo que queda de un molusco cefalópodo marino muy común en los

mares del período jurásico : son espolones de belemnitas. Había tantos, que se les encontraba por montones enormes (en las colecciones geológicas del Museo de París se puede ver una placa de esquisto procedente del lias de Inglaterra, sobre la que se cuentan más de novecientos espolones de belemnitas reunidos en un espacio de cincuenta centímetros cuadrados). Aquellos trozos eran, por otra parte, de una fácil conservación en el fondo del mar, el que, solevantado después, los llevó con el suelo sobre que marchamos hoy a cuatrocientos o quinientos metros de altura (por no hablar más que de nuestros países). Con estos espolones de belemnitas, los fósiles más comunes que la misma naturaleza coloca en el cesto de una colección de niño, son las terebrátulas y las rinconelas. Un poco menos grandes que los huesos de albaricoques, estas conchas petrificadas ofrecen formas que no carecen de elegancia. Las primeras son alargadas en forma de almendra, montando una de las dos valvas sobre la otra por su punta : las segundas tienen las dos valvas encajadas en planos diferentes por escotaduras herméticamente cerradas. Se las encuentra a veces en tales cantidades, que moles de piedra de varios kilogramos están enteramente formadas de una aglomeración exclusiva de estas conchas yuxtapuestas, y que pueden despegarse fácilmente unas de las otras, porque no están unidas entre sí por ningún betún. Las terebrátulas y las rinconelas eran moluscos braquiópodos muy comunes en los mares jurásicos. Son tan comunes, que el balastro de la vía férrea de Langres a Neufchâteau está por decirlo así cubierto en algunos sitios, y especialmente al pie de Bourmont, la vía rápida de

nuestros días humanos circula sobre las momias de millones de seres petrificados que nos recuerdan



Habitantes del Alto Marne en la época del mar Jurásico.

aquellas lejanas épocas cuyo retorno no verá nadie.
Los hombres viven sobre todo aquello sin preocu-

parse de nada. Yo sentía sin embargo que es más agradable ser instruido que ignorante, y buscaba siempre aprender alguna cosa. El Mosa toma sus fuentes en aquellas colinas, en cuyas vertientes se encuentran también grifeas, ammonitas, peines y políperos, y se desliza, desde las primeras edades de la humanidad sobre aquel suelo que el mar jurásico cubría con sus ondas.

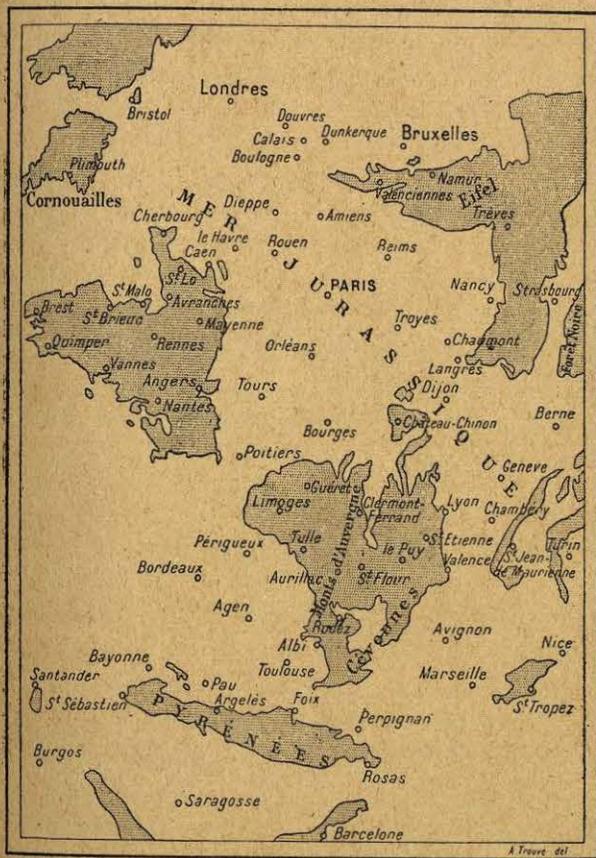
Las ammonitas datan de la misma época, y las buscábamos con más avidez aún a causa de su belleza artística. Por mi parte, y a la edad de catorce años, había llegado a poseer una colección de más de cien ejemplares de fósiles del período jurásico, y este fué el origen de mi obra *El Mundo antes de la aparición del hombre*, cuya redacción comencé a la edad de quince años.

Cuando yo preguntaba alguna cosa sobre aquellos fósiles, recibía las respuestas más contradictorias. En general, se les atribuía al diluvio. Pero yo no podía concebir que las aguas hubiesen podido jamás cubrir aquellos terrenos, cuya altura excede de 400 metros: ¿dónde fué a parar toda esta agua? Ella tuvo que cubrir, al mismo nivel, el globo entero, y no solamente a este nivel, sino también al de los Alpes y al de los Pirineos, y, dice la Biblia, « de las más altas montañas de la Tierra ». No podía haber en esto sino una leyenda y el recuerdo de un trastorno geológico. Pero, ¿cómo explicar la presencia de estos restos de animales marinos sobre las montañas?

Si el mar no subió hasta allí, es preciso que el suelo se solevantara. La lógica no puede salir de este dilema.

Yo tenía en Illoud un primo de cierta edad, tejedor,

bastante erudito, volteriano convencido, que no juraba sino por Voltaire y Camilo Desmoulin, y que



La Francia en la época del mar Jurásico.

creía saber de dónde venían aquellas conchas que, indudablemente no había mirado nunca de cerca. Las unas eran simples juegos de la Naturaleza, y las

otras habían sido olvidadas por los peregrinos. Como yo permanecía un poco escéptico ante una tal explicación, me trajo un día triunfalmente un volumen de Voltaire, el tomo 30 de una bella edición de sus « Obras completas » en 70 volúmenes, publicadas en París en 1825, y me hizo leer en la página 566 las líneas siguientes :

« ¿Es por otra parte una idea completamente romanesca pensar en la innumerable multitud de peregrinos que partían a pie de Santiago de Galicia, en España, y de todas las provincias para ir a Roma, cargados de conchas hasta en sus sombreros? Lo mismo iban de Siria, de Egipto y de Grecia, como de Polonia y de Austria. El número de romípedos ha sido mil veces más considerable que el de los musulmanes que han visitado la Meca y Medina, porque no se estaba forzado a ir en caravanas ».

Este chiste de Voltaire se ve varias veces en sus obras y tiene el aspecto de quererlo presentar seriamente a sus innumerables lectores. El filósofo de Ferney no quiere a ningún precio que los fósiles den testimonio de la permanencia del mar en las comarcas donde se les encuentra.

« No niego, añade, que se encuentren a cien millas del mar algunas ostras petrificadas, conchas de Venus, univalvas y producciones que se parecen perfectamente a las producciones marinas; pero, ¿se está bien seguro que el suelo del mar no puede producir estos fósiles? La formación de las ágatas ¿no debe hacernos suspender nuestro juicio? Un árbol no ha producido el ágata que representa perfectamente un árbol, el mar puede perfectamente no haber producido esas conchas fósiles que parecen habitaciones de pequeños animales marinos. »

Toda esta pequeña guerra está dirigida evidentemente contra el diluvio bíblico. Pero ¿cómo el autor

del *Diccionario filosófico* no ha pensado que el suelo de las montañas ha podido solevantarse?

No tengo necesidad de añadir aquí que estos fósiles están perfectamente explicados hoy, y que las diferentes épocas geológicas que se han sucedido están determinadas por sus terrenos de sedimentos superpuestos. En el tiempo en que vivían estas conchas, estos crustáceos, estos moluscos y estos peces, la Francia estaba cubierta casi enteramente por el mar jurásico. Fuera de las aguas, no había entonces más que los terrenos primarios y secundarios antiguos, los cuarzos, los esquistos, el siluriano, el devoniano, el carbonífero y el triásico, es decir los Pirineos, los Alpes, los Cevennes, con el macizo central de la Auvernia, la Bretaña, los Vosgos y el Luxemburgo. El mar cubría con sus aguas las comarcas donde debían florecer más tarde París, Troyes, Chaumont, Langres, Dijon, Orléans, Tours, Bourges, Burdeos, Tolosa, Aviñón, Ginebra, Reims, Ruán, Dieppe, Boloña, Duvres, y Londres. Era un mundo completamente diferente al nuestro. El fondo del mar se solevantó después lentamente y llevó a varios cientos de metros de altura los restos de seres que se encontraban allí y que se habían fosilizado.

Estos acontecimientos prehistóricos ocurrían hace ya varios *millones* de años.

Yo miraba estos fósiles con un interés tanto mayor, cuanto que no tenía una explicación satisfactoria sobre ellos, y hacía una colección de los más bellos ejemplares, sobre todo de rinconelas blancas, duras y brillantes, que son verdaderas joyitas de mármol. El hermano de mi madre, mi tío Carlos, siempre en la montaña con su fusil en bandolera y su morral hin-

chado, me traía frecuentemente muchas, y mi abuelo también, mezclando de todo un poco, como piedras perforadas y de formas raras, que no tenían nada de fósil.

Se me hacía también coger en la montaña plantas olorosas que hubieran podido formar las primeras páginas de una interesante instrucción botánica, ciencia que está lejos hoy de ser tan popular como merece.

Las flores salvajes dan a la miel de las abejas de la montaña un aroma particular; un primo de mi abuelo tenía unas veinte colmenas, pretendiendo que todas sus abejas le conocían. El caso es que él jugaba con los enjambres como si fueran torbellinos inofensivos, y me hizo observar un día la partida de una reina con toda su colonia, sin temer para mí ninguna picadura.

¿Existen sobre la tierra seres más adorables para los niños que un abuelo y una abuela? Ellos os admiran sin cesar, os miman, os contemplan, os hacen saltar sobre sus rodillas, os cantan bonitas canciones, os refieren historias espantosas, os llevan a cuestras para haceros parecer mayores, os llevan de la mano en los malos pasos, os acuestan con precaución en una cama bien confortable, y os dan golosinas a los postres. Para ellos, siempre tenéis razón, y las diabluras más grandes son perdonadas por adelantado. Jamás os regañan. Y es que ellos no tienen, como los padres, el cuidado del porvenir de esos queridos pequeñuelos. Es que toman las cosas con menos seriedad, porque han visto mucho. Es que les divierten las ingenuidades de una edad ya lejana de la suya. Por lo que a mí respecta, yo no abandonaba a mi abuelo ni un solo momento, por decirlo así,

durante las vacaciones. Casi todas las mañanas me conducía a la montaña. Yo le miraba arreglar las viñas, cavar en los guijarros, podar los árboles, cortar los racimos en los días de vendimia en unión de los vendimiadores, hacer el vino en grandes cubas con su hijo, mi tío Carlos, catar el vino nuevo, tan dulce, destilar los orujos en el alambique para su aguardiente que tanto le gustaba y poner los aros a los toneles con un ruido sonoro. ¡Oh, qué admirable era el sonido de los golpes de mazo sobre los toneles vacíos!...

Me había enseñado a fabricar raquetas para tenderlas en los bosques y recoger los pajarillos que venían a caer en la trampa. ¿Conocen ustedes las raquetas? Nada hay tan sencillo. Se corta en el bosque una larga rama flexible de avellano, haciéndole en el extremo más grueso un pequeño agujero, por el que se pueda hacer entrar una clavija, sin meterla del todo, se ata un bramante al otro extremo, se encorva esta rama en medio círculo, se hace pasar el bramante, que es doble, por el pequeño agujero y se coloca la clavija manteniéndola con dicho bramante. Estas raquetas, así tendidas en arcos, se colocan a lo largo de un sendero de distancia en distancia, con la parte de la clavija hacia fuera y la raqueta oculta entre los árboles. Para atraer a los pájaros, se suspende generalmente un manojito de



bayas rojas en la extremidad del arco, encima de la clavija. El pájaro pasa, pone sus patitas en la clavija que, no estando sólida, cae bajo el peso del pajarillo, cuyas patas quedan presas en el bramante, y es llevada repentinamente dentro del bosque por la misma tensión del arco. En la extremidad del bramante se ata un pedacito de madera que le impide atravesar el agujero por donde pasa.

La colocación de las raquetas se hace sobre las siete de la mañana. Un poco antes de la hora de almorzar, hacia las once, se visita el sendero, y allí se encuentra con qué regalarle: tordos, paros, pardillos, chorlitos, currucas, pinzones, jilgueros, papafigos, pobres animalitos colgados por las patas y que procuran inútilmente escapar. Se les aprieta el pico para ahogarlos inmediatamente, y se les mete en el morral. ¿Son duros e indiferentes los niños al dolor de los animales? No tengo dificultad en creerlo, porque impacientan a los perros y a los gatos haciéndoles sufrir con frecuencia y sin ningún remordimiento; ven echar los cangrejos vivos en el agua hirviendo, con la mayor indiferencia; la cocinera del cura Collin decía frecuentemente: « A los cangrejos les gusta ser cocidos vivos, la anguila exige ser despellada viva y el conejo prefiere esperar », y ninguno de nosotros se extrañaba de estas locuciones.

No hay duda alguna de que ni yo, ni ninguno de mis camaradas hemos tenido jamás compasión de los pajarillos destinados a ser fritos en manteca y coquillar después deliciosamente los nervios del olfato y del gusto; por el contrario, era un verdadero placer sentir aquellos cuerpos calientes agitándose y muriendo entre nuestras manos, sin pensar siquiera que

sufrían. Si yo tuviera que hacer hoy esta misma ocupación, me sería indudablemente desagradable, y hasta no sé si podría acostumbrarme a este ejercicio, aunque todos sepamos que los pájaros, como las gallinas, los carneros, los bueyes, las piezas de caza, los peces y todos los animales servidos sobre nuestra mesa, han sido muertos con ese fin. Es probable que, si se analizaran las cosas, tendríamos que volvernos todos vegetarianos, porque todos somos asesinos sin saberlo.

Nacido en 1791, la infancia de mi abuelo se había desarrollado durante la epopeya napoleónica. Tenía veinticuatro años en los días de Waterloo, y treinta años a la muerte del Emperador. Su admiración por el glorioso conquistador no tenía límites. Es un hecho histórico bastante curioso de que casi todos los contemporáneos de Napoleón, no solamente le han admirado, sino que le han *amado*. Todas eran anécdotas sobre la vida del gran hombre. Era casi un dios. Sus imágenes adornaban las principales habitaciones de la casa. Había especialmente dos grandes cuadros representando el retorno de las cenizas, en 1840: la exhumación de la caja mortuoria en Santa Elena y la llegada á los Campos Elíseos, cuadros ante los cuales mi abuelo lanzaba casi siempre un juramento dirigido a los ingleses, mientras asomaba una lágrima a sus ojos. Contaba que las uñas de los pies habían continuado creciendo después de la muerte del Emperador y hasta habían traspasado la punta de las botas, que su barba había crecido igualmente y que, si alguna vez iba a París, su primera visita sería para la tumba de los Inválidos. La historia le interesaba. Tenía encono contra tres cardenales: Richelien, Mazarino

y Dubois, y no dejaba pasar la ocasión de echar pestes contra toda la gente de iglesia. Cuando mi piadosa madre estaba allí, no sabía qué hacer para impedir aquellos trastornos a mi educación. Pero mi abuelo no tardaba en volver al famoso sitio de Lamothe, a la destrucción de aquella última plaza fuerte de la Lorena, allí, detrás de Bourmont, cuyo recuerdo parecía estar aún presente en él, aunque databa del año 1644, y a tratar a aquel bandido de Mazarino de la peor manera.

En efecto, la Lorena está allí cerca, y si, en 1790, treinta comunas fueron tomadas a la Borgoña para formar el departamento del Alto Marne, treinta y una le fueron tomadas a la Lorena, que es como su antípoda. Antiguamente reinaba extremadamente la brujería en Lorena y aun se conservan allí hoy creencias supersticiosas bastante profundas. En dicho ducado solamente, se quemaron en veinte años, desde 1585 a 1604, más de cuatrocientos hechiceros acusándose de crímenes imaginarios! No se sabe quizás que un habitante de la Marca, Tomás Gaudel, fué el que puso coto a aquella locura. Como los que los brujos denunciaban eran condenados al tormento y confesaban sus crímenes imaginarios al subir a la hoguera, tuvo la excelente idea de denunciar a todos los magistrados presentes en la audiencia, desde el procurador general hasta el escribano. Aquellos jueces se calmaron, y los sabios del Bassigny estuvieron casi de acuerdo en ser más razonables y más borgoñones. La Marca forma con Bourmont y Montigny un triángulo equilátero que rodea casi al Bassigny del Mosa.

Mi abuelo era muy diestro y lo hacía casi todo por sí mismo: carpintería, ebanistería, armaduras, toneles, cubas, ruedas para los molinos, mesas, sillas

y hasta cerraduras. Actualmente me sirvo, para guardar papeles, de un mueble de madera de cerezo, con numerosos cajones, que él mismo fabricó hacia 1830 y que, sin ser pesado, es de una gran solidez. Allí era donde él guardaba sus papeles más preciosos y sus escudos, que yo le veía morder para probarlos, desconfiando sin duda que fuesen monedas de plomo. Tenía una dentadura de las más hermosas y sólidas.

Si; a los niños les gustan las conversaciones del abuelo y las caricias de la abuela. Por lo que a mí toca, este amor era un tal culto, que su muerte no me pudo ser anunciada sino con mil rodeos, y me ha sido siempre imposible ir a visitar su tumba en el pequeño cementerio de Illoud. Mucho tiempo antes de llegar a él, mis ojos se llenan de lágrimas velándolos enteramente, y mis piernas se niegan a sostenerme. Es una impresión nerviosa contra la que he procurado luchar varias veces sin poder llegar a ningún resultado. Esto es absurdo y hasta contradictorio, pero es así.

Las luminosas alegrías de nuestra infancia resultan tristezas invencibles e insuperables cuando nos encontramos en los lugares encantados de estas dichas desaparecidas, después de la partida para el mundo desconocido de todos los que hemos amado durante aquellos inolvidables tiempos. Ahora duermen allí, en el cementerio. Las colinas están allí, tan bellas como antes, las praderas, tan verdes como en aquellos tiempos, el cielo, tan puro, la luz tan suave, y el pueblo está también allí, lleno de sol como en mi niñez; nada ha cambiado y... ¡todo está cambiado! Más valiera no haber sentido jamás, no haber sido jamás dichoso, ni haber amado jamás!...